Número 76 REPUBLICA DE COLOMBIA Julio 1.º: 1912

REVISTA

DEL COLEGIO MAYOR

DE

NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura

Nova et vetera

BOGOTA

IMPRENTA ELÉCTRICA—168—CALLE 10

MCMXII

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

CONTENIDO

Francisco José de Caldas ..... JOSEPH L. PERRIER
El derecho de veto..... ALBERTO ABELLO PALACIO
"Cuadros de la Naturaleza" .... MANUEL ANTONIO BOTERO
Apuntes sobre la fonética del idioma huave..... MANUEL JOSÉ CASAS
Alocución pronunciada en la Academia Colombiana a honra de Menéndez y Pelayo..... R. M. CARRASQUILLA
Discurso en elogio de don Marcelino Menéndez y Pelayo, pronunciado ante la Academia Colombiana el día 30 de Junio de 1912..... ANTONIO GOMEZ RESTREPO

REVISTA

DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Bogotá, 1.° de Julio de 1912

UN GRAN SABIO SURAMERICANO

Francisco José de Caldas (1)

El año de 1910 fue de regocijos para una de nuestras repúblicas hermanas del continente americano. Se reunieron las multitudes; se pronunciaron discursos. En todo el país reinó un entusiasmo que no se había visto desde el nacimiento de la república. Colombia estaba celebrando el centenario de su independencia.

La atención pública tuvo delante de sí, una vez más, la vida y los hechos de los fundadores de la nación. Se conocieron muchos puntos interesantes, olvidados o pasados en silencio. Todos los que simpatizamos con los asuntos de Suramérica participámos del entusiasmo de Colombia; aprendimos a admirar sus héroes, a dejarnos atraer por su historia, a hojear las obras de sus sabios y poetas.

(1) El autor de este artículo dice al señor Rector del Rosario:

"Me parece inútil decir que no pretendo hacer ningún descubrimiento sobre CALDAS, ni enseñar a Colombia cosa nueva sobre el más ilustre de sus hijos. Escribo para los norteamericanos que desgraciadamente ignoran a menudo todo lo que pasa al otro lado del Río Grande del Norte. Y como basta conocer a Colombia para amarla, contribuiré talvez así, en la medida de mis fuerzas, a inspirar a los habitantes de esta inmensa república algún interés y algún amor para con la patria de CALDAS. Si conocieran los norteamericanos, a los hombres y a las cosas de Colombia, no se habría llevado a cabo ese crimen internacional que ha terminado con la secesión de Panamá."

Rosario Archivo Histórico

En este corto ensayo me propongo dar al pueblo americano ligera idea de una de las glorias más puras de la nación colombiana. Francisco José de Caldas reunió en sí muchos títulos que lo hicieron digno de la admiración de la posteridad. A un mismo tiempo fue sabio, educador y patriota. Vertió su sangre en defensa de sus compatriotas, después de haber dedicado todos los recursos de su genio a levantarles el nivel intelectual y moral. Todos los colombianos lo veneran como a un mártir de la libertad.

Reviste especial interés para los católicos un hombre que, en medio de una revolución inspirada por el *Contrato Social*, escribía estas elocuentes palabras:

"¡Gran Dios! ¿Cómo reconoceremos estos beneficios debidos á tu bondad? Tú nos salvastes de las manos de nuestros enemigos, sálvanos ahora de nuestras pasiones; inspíra dulzura, humanidad, moderación, desinterés, y todas las virtudes en nuestros corazones; reúne las provincias, fórma un imperio de la Nueva Granada. Nosotros te adoraremos en él; nosotros cantaremos tus alabanzas y te ofreceremos el sacrificio de nuestros corazones, el más grato á tus ojos."

Uno de los espectáculos más grandiosos que puede jamás contemplar la vista del hombre es el que se presenta al viajero que, partiendo del puerto de Buenaventura, sobre el Pacífico, atraviesa los Andes en dirección al occidente. Días tras día sigue por el estrecho camino que, serpenteando, le lleva a la cima de la cordillera; nada ve, sino el sendero que se alarga hacia adelante y los corpulentos árboles que lo sombrean a cada lado. De pronto, en una vuelta del camino se detiene repentinamente; la admiración que despierta el contemplar lo infinito llena su alma: ante sus ojos hay un inmenso valle que se extiende hasta lo más lejos que alcanza la vista; al frente, casi en el confín de la tierra con el cielo, se alza una azulada cinta. Es la Cordillera Central. Ese magnífico escenario está cubierto de una exuberante vegetación tropical. El río Cauca, el

rey del valle, se esconde y aparece alternativamente en medio del paisaje, como un ondeante hilo de plata. Al pie de la cordillera una clásica ciudad española agrupa sus blanquísimas casas, y despliega su red de calles, trazadas en ángulos casi rectos, como un tablero de ajedrez hecho descuidadamente. Es Cali, el edén de los Andes.

Lo largo del valle del Cauca desde Popayán, su extremo sur, hasta Cartago, al norte, es como de doscientas millas (sesenta y siete leguas); su anchura, entre las Cordilleras Central y Occidental, de más de cincuenta (de más de dieciesiete). "El valle del Cauca es la tierra de la inteligencia y del valor," dice Juan Montalvo. De Popayán, su capital, han salido, según García Samudio, la mayor parte de los grandes hombres de Colombia.

El 25 de Septiembre de 1771 nació, en la ciudad de Popayán, Francisco José de Caldas. El Nuevo Reino de Granada era entonces uno de los mejores adornos de la corona de los reyes españoles. Aún no había sonado el grito de independencia en las colonias norteamericanas; la revolución francesa no había hecho repercutir la mágica palabra de la libertad en los ámbitos de la tierra. No había motivo para poner en duda el perpetuo y pacífico dominio de España sobre esa región, la más hermosa del Nuevo Mundo.

Los primeros años de Caldas se deslizaron en su ciudad natal. En el seminario de Popayán, donde se inició en religión, estudió latín, matemáticas y filosofía. En lo que más se deleitaba su alma era en las matemáticas. Nos cuentan sus biógrafos cómo, después de un día entero pasado en el colegio, se empeñaba en permanecer levantado, durante la noche, en meditación de los grandes problemas que agitaban su mente; habiendo esto hecho daño a su salud, su madre lo privó de luz para obligarlo a descansar; el niño, sin embargo, fingía dormir, y luégo se levantaba a continuar su labor.

A la edad de diecisiete años vino a Bogotá a estudiar derecho. El 21 de Octubre de 1788 entró al Colegio del

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

Rosario. Este famoso centro de educación había sido fundado en 1653 por el Arzobispo de Bogotá, Cristóbal de Torres. En el siglo XVIII, su fama atraía jóvenes de todas partes del virreinato. Dotado de constituciones republicanas en medio de una monarquía absoluta, plantó en los corazones de sus hijos semillas de libertad e independencia que tan opimos frutos debían producir más tarde.

Cuando hubo completado sus estudios y obtenido el grado de doctor en derecho, volvió Caldas a Popayán, a donde llegó en 1793. Su única ambición era entonces poder dedicarse a la investigación de la ciencia; desgraciadamente, sus recursos eran escasos, y tuvo que buscar un empleo para ganar medianamente la vida. Apeló al comercio, pero con muy poco éxito; desde el punto de vista financiero, sus operaciones comerciales fueron felices en muy pocas ocasiones. Mas, lejos de apartarlo de sus estudios favoritos, le proporcionaron medios para adquirir algunos datos científicos más: en un viaje hecho, el año de 1796, a Bogotá, en busca de artículos de comercio, cayeron en sus manos una *Astronomía* de Lelande y algunas otras obras científicas, que debían ejercer grande influjo en su carrera.

No eran cosa fácil, en Nueva Granada, las investigaciones científicas, durante el siglo XVIII; los libros eran escasos y los instrumentos desconocidos. La única obra que Caldas logró conseguir en Popayán fue las *Observaciones Astronómicas* de Jorge Juan. Siéndole imposible encontrar los instrumentos necesarios, formó el gigantesco plan de hacérselos él mismo. Primeramente, el éxito coronó sus esfuerzos en la construcción de un gnomón. Más tarde necesitó un cronómetro y un péndulo; de un viejo reloj inglés que yacía olvidado en un rincón, sacó, mediante unas pocas modificaciones, lo que le hacía falta. En 1799 logró estudiar los satélites de Júpiter con un telescopio, salido también de sus manos.

El año de 1800, en una ascensión que hizo al monte Puracé, en compañía de algunos amigos, le vino la idea

de que el termómetro podría usarse para medir la altura de las montañas. "El calor del agua hirviendo—pensó—es proporcional a la presión atmosférica; la presión atmosférica es proporcional a la altura sobre el nivel del mar; la presión atmosférica sigue la misma ley que las elevaciones del barómetro, o hablando con propiedad, el barómetro no nos enseña otra cosa que la presión atmosférica: luego el calor del agua nos indica la presión atmosférica del mismo modo que el barómetro; luego, como él, puede darnos las elevaciones de los lugares." Inmediatamente comenzó una serie de experimentos que confirmaron su descubrimiento. Le invadió la alegría ante los resultados que obtuvo midiendo las alturas tanto con el barómetro como con el termómetro. Resolvió, sin embargo, no apresurarse a hacer público lo que había descubierto. ¿Y era, en realidad, un descubrimiento? ¿Aquello que él comenzaba a adivinar, no habría sido ya formulado por algún sabio europeo? Estas consideraciones le hicieron aguardar hasta una oportunidad que le diese a conocer si su teoría era realmente algo nuevo en el mundo.

No esperó mucho: en Abril de 1801 supo que acababa de desembarcar en Cartagena el barón de Humboldt, sabio naturalista alemán, que se proponía efectuar un viaje de exploración científica por Nueva Granada y Ecuador. En Ibarra, el último día del año de 1801, se encontraron, por primera vez, los dos sabios. No tardó el europeo en conocer los admirables talentos de su joven admirador. "Este señor Caldas—escribió en sus *Relaciones de Viajes*—es una maravilla en astronomía. Nacido en las tinieblas de Popayán, sin haber nunca viajado más allá de Santafé, ha construído un barómetro, un sector y un telescopio. Traza meridianos, mide latitudes, ayudado solamente de un gnomón. ¿Qué no haría ese joven en un país donde no se viera obligado a aprenderlo todo por sí solo?" El más ardiente deseo de Caldas era acompañar a Humboldt en su expedición; valiéndose de la influencia de don

Universidad del Rosario Archivo Histórico

José Celestino Mutis, sabio español, residente entonces en Bogotá y jefe de una expedición botánica, obtuvo que el Gobierno le costease el viaje; pero Humboldt no quiso aceptarlo por compañero, y prefirió viajar solo.

No es éste el único motivo de queja que dio a los granadinos su sabio huésped: Caldas le reveló su teoría sobre la medición de las alturas; Humboldt reconoció la originalidad de la idea, pero al volver a Alemania publicó un relato de su expedición, y en un capítulo titulado *Grados del calor del agua hirviente a diferentes alturas*, insertó las siguientes palabras:

"El grado de calor que tienen los líquidos antes de la ebullición depende de la presión atmosférica, y como esa presión varía, de acuerdo con la altura sobre el nivel del mar, toda altura tiene su correspondiente grado de ebullición. En el curso de mis viajes hice numerosos experimentos sobre la ebullición del agua en las montañas de los Andes. Me propongo publicarlos junto con otros que llevó a cabo un distinguido físico de Popayán, el señor Caldas, quien se ha dado al estudio de la astronomía y de varios ramos de la historia natural con un ardor sin ejemplo."

Nada de esto da a conocer que Caldas fuera el verdadero descubridor de la ley; simplemente leemos que él hizo algunos experimentos, y, de todas suertes, nos queda la impresión de que Humboldt le dirigió en ellos.

La desilusión que Humboldt le proporcionó a Caldas al rechazar su compañía, no hizo que éste abandonara sus planes de viaje. Dotado de increíble fuerza de voluntad, era una de aquellas grandes almas a quienes los obstáculos sólo incitan a obrar. En ese mismo año acomete, por su propia cuenta, algunas exploraciones científicas: primero, sube al volcán de Imbabura, no visitado por el Barón; allí estuvo a punto de perder la vida; luégo, se va a vivir con los indios peruanos para estudiar sus costumbres y la arquitectura de los Incas; por último, le hallamos, entre los

bosques del Ecuador, ocupado en una tarea, de las que más títulos de gratitud le han conquistado ante la posteridad, en el estudio y clasificación de las varias especies de quinas. Porque, si bien su ansia por saber le hacía explorar todos los departamentos de la ciencia, había algunos que llamaban más poderosamente su atención, y la botánica era uno de ellos. En 1801, Mutis, que le conocía esta afición especial, le envió una obra que Caldas estudió hasta llegar á apropiársela toda entera, la *Philosophia Botanica*, de Linneo. Más tarde, Caldas quiso pertenecer a la famosa expedición botánica presidida por Mutis, y vino a ser uno de sus más conspicuos miembros. Así pues, los años de 1804 y 1805 le vieron en viaje, por los montes andinos, ocupado en el estudio de la quina y en formar la primera clasificación completa que, de todas las variedades de este interesantísimo vegetal, se ha hecho.

Un ataque de malaria, adquirida en los bosques ecuatorianos cuando estudiaba la planta que, precisamente, había de venir a ser el específico contra esa enfermedad, interrumpió sus trabajos. Casi al mismo tiempo le encontramos en Bogotá encargado del Observatorio astronómico recién construído y que, según la poética frase de Caldas, era "el primer templo erigido a Urania en el Nuevo Continente."

De aquí en adelante se nos presenta un nuevo aspecto en la personalidad del sabio. No es raro encontrar en periódicos europeos palabras laudatorias a Colombia por el importante papel que, en la enseñanza, desempeñan sus hombres más grandes. Si abrimos el prospecto de un colegio colombiano, podemos, de antemano, estar seguros, la mayor parte de las veces, de encontrar entre los miembros de su facultad algunos de los hombres más conspicuos del país.

Esto nos hace recordar a Sócrates cuando dedicaba su genio a la educación de la juventud ateniense; y nos hace preguntarnos si acaso Bogotá ha merecido el nombre

Universidad del Rosario Archivo Histórico

de Atenas Suramericana solamente por sus glorias literarias. Ese mismo espíritu era el que animaba a la Nueva Granada en los albores del siglo XIX. Ya en 1793 va Caldas a dictar conferencias en la Escuela de Derecho de la Universidad payanesa; en 1809, a pesar del excesivo trabajo que implicaban sus investigaciones científicas, entra a enseñar en el Colegio del Rosario.

No se limitó su enseñanza a la cátedra de profesor. Grande fue también la influencia que ejerció por la prensa. Fundó en 1808 el *Semanario del Nuevo Reino de Granada*, en el cual vieron la luz pública artículos sobre agricultura, industria, comercio, ciencias y todo lo que podía engrandecer y hacer feliz la nación. Dedicó toda su energía y su talento a inspirar en el corazón de los jóvenes de su tiempo el amor a la ciencia: "Convengamos," escribía en 1799, "en que el cultivo de alguna ciencia es una barrera casi insuperable para el vicio. ¡Ojalá conocieran bien esto los padres y los ayos! ¡Ojalá que, en vez de castigar y amenazar a los niños, les hicieran tomar gusto por cualquier ramo de la física o de las ciencias exactas! Entonces veríamos menos jóvenes viciosos, menos atolondrados y más sabios."

No tardó el *Semanario* en abrir concursos para solucionar los más importantes problemas políticos y sociales que interesaban al país; y en contar entre sus colaboradores los hombres más eminentes de la república. Es común sentir del pueblo colombiano que, desde el tiempo de Caldas, no ha aparecido en el país un periódico tan serio y de tanta importancia.

1810 es una fecha memorable en la historia de Suramérica; marca el principio de una lucha gigantesca que había de durar tantos años y había de arrancar del poder de España todo un continente. ¡Pero cuánta sangre se necesitó para que las nuevas repúblicas lograsen gozar pacíficamente de su independencia! ¡Cuán incontable fue el número de los héroes que rindieron su vida sin llegar a ver su patria libre!

Mientras Bolívar combatía a los españoles con la espada, Caldas los atacaba con la pluma. Comprendió que, si al pueblo le hubiera de faltar instrucción, la revolución fracasaría. El 27 de Agosto de 1810 salió el primer número del *Diario Político*, periódico que fundó en colaboración con Joaquín Camacho. De esta suerte, los suramericanos conocieron cuáles eran las causas de la guerra, y cuáles sus fines e ideales. Con una previsión nunca vista en crisis semejantes, Caldas se impuso la tarea de hacer entender el genuino significado de la palabra *libertad*: "¿Pero qué es la *libertad?*," preguntaba. "¿Es romper todo freno y todo respeto? ¿Es sacudir el yugo de toda obligación moral y civil? ¿Es dar curso y satisfacción á las pasiones? Nó; éste es el *libertinaje*, ésta es la suma de todos los vicios y de todos los males.

"El hombre libre es el que obedece sólo a la ley, el que no está sujeto al capricho y a las pasiones de los depositarios del poder.

"Un pueblo es libre cuando no es juguete del que manda, y cuando sólo manda la ley. 'Somos esclavos de la ley para ser libres,' dice Cicerón.

"Para ser libre es preciso ser virtuoso: sin virtudes no hay libertad: jamás se unió la libertad con las pasiones: un pueblo corrompido no puede ser libre.

"¿Queremos, pues, ser libres? Seamos virtuosos.

"Hemos tenido valor para conquistar la libertad, ¿tendremos virtudes para conservarla?"

Prontó pasó Caldas a desempeñar una nueva misión. En 1812, apenas tomó Nariño posesión de la presidencia de Cundinamarca, nombró a Caldas capitán de ingenieros. De esta manera, el que había instruído al pueblo por la prensa, pasaba ahora a instruír al ejército en la ciencia de la guerra.

No llegó su actividad a ser igualada nunca: parece que, a un mismo tiempo, estuviese en todos los rincones del país; allí, ocupado en la fortificación de ciudades; allá,

Universidad del Rosario Histórico

en la fabricación de pólvoras; más lejos, en la organización de establecimientos de artillería. En Medellín fundó una escuela de ingeniería militar donde, con grandísimo cuidado, se enseñaba todo cuanto contribuyese al feliz éxito de la guerra.

Y fue tarea difícil acabar con la dominación española en América. Frecuentemente, en el curso de la guerra, se nubló el horizonte y desfalleció el ánimo de los patriotas. En 1816 llegaron de España Morillo y Enrile, con la misión de reconquistar a toda costa las colonias americanas. Para ellos todos los medios eran lícitos; con ellos se inició la época del terror.

En el sur del país se llegó a desesperar por la causa de la libertad. En la Cuchilla del Tambo fueron derrotados los patriotas, y los españoles se apoderaron de Popayán. Al conocer estos desgraciados sucesos, CALDAS voló a donde, con tánta urgencia, era requerido, pero lo capturaron, junto con varios amigos, en su antigua residencia de Paispamba; ¡en aquella misma casa en que tántos días felices había pasado en medio de su familia, y donde había realizado sus primeros experimentos científicos!

Todos los corazones se interesaron, desde luego, por su suerte; aun Muñoz, el oficial que lo hizo prisionero, le proporcionó modo de escaparse, pero como tales ofertas no se hiciesen extensivas a los demás amigos de CALDAS que también se hallaban presos, el sabio las rehusó como un insulto á su dignidad.

Amaba, sin embargo, la vida; quería poseerla para ver la libertad de su patria, para continuar sus investigaciones científicas. Le suplicó a Enrile se la perdonase en atención a estas últimas. "España no necesita sabios," fue la respuesta que obtuvo. Sin embargo, no queremos creer que ese fuera el genuino sentir de un pueblo que estaba destinado a dar al mundo a Ramón y Cajal.

El Colegio del Rosario, donde CALDAS había estudiado, donde más tarde había coadyuvado tan generosa y eficaz-

mente á la educación de la juventud, vino ahora á convertirse en su prisión. Allí se le dio a conocer la fatal sentencia. En ese mismo claustro que tánto había amado, preparó su alma para emprender el eterno viaje. El 29 de Octubre de 1816, el hombre más grande de Suramérica, era fusilado como traidor al aey. Rindió su último suspiro como un héroe, pero la causa que había abrazado le sobrevivió. Colombia es libre hoy día; y después de cien años conserva vívida la memoria del sabio que murió por libertarla.

JOSEPH L. PERRIER

(De *The Catholic University Bulletin*, Vol. XVIII, número 4, Abril de 1912. Washington, D. C., Published by the Catholic University of America.—Traducido del inglés por José María Restrepo Millán, alumno externo de la facultad de filosofía y letras del Colegio).

EL DERECHO DE VETO

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL DOCTOR ALBERTO ABELLO PALACIO EN LA "ACADEMIA DE CARO," EL DÍA 15 DE MAYO DEL CORRIENTE AÑO

Señores académicos:

Así como considero que la moda de los prólogos debe desaparecer de la literatura contemporánea, porque si los libros que se echan a la crítica del público contienen algo útil, se recomiendan por sí mismos y no han menester de lazarillo que los guíe, y si de nada sirven, no les habrá valido un prólogo brillante, por más que lo suscriba un Cuervo ó un Carrasquilla, soy de parecer que las frases sacramentales con que suelen precederse los discursos y conferencias, y en las cuales su autor pide la benevolencia del "gigante de las cien cabezas," que dijo Caro, deben relegarse al olvido, porque si el discurso no presenta nada nuevo, el proemio sólo habrá servido para fatigar más a los oyentes, y si en cambio es acreedor al aplauso de la